

quaternario , y llegan á constituir doce sectas , y de aquellas quatro qualidades viene á quitar Varron las tres , es á saber , el deleyte , la quietud , y la una y la otra , no porque las reprueba , sino porque los primogeneos , ó principios de la naturaleza tienen tambien en sí el deleyte y la quietud. Que necesidad hay de hacer de estas dos tres , es á saber , dos , quando cada una se apetece de por sí , el deleyte ó la quietud , y la tercera quando ambas juntas ; pues los principios de la naturaleza las contienen igualmente en sí mismas , y fuera de ellas otras muchas. Así que , de tres sectas , es de dictamen que debe tratarse con cuidado y exâctitud , qual es la que se debe escoger : porque la razon verdadera no sufre que sea mas de una la positiva , ya se halle en estas tres , ó en alguna otra parte , lo qual verémos despues. Entretanto , veamos con la brevedad y claridad que pudieremos , de estas tres , como escoge una

Varron , mediante á que estas tres sectas vienen á nacer quando los principios de la naturaleza , ó deben apetererse por la virtud , ó la virtud por los principios , ó lo uno y lo otro , esto es , la virtud y los principios por sí mismos.

### CAPÍTULO III.

*Entre las tres sectas que tratan de la inquisicion del sumo bien del hombre , qual sea la que define Varron , que se deba escoger , siguiendo el parecer de la Academia antigua segun Antioco.*

Qual de estas tres cosas sea la verdadera y la que se debe seguir , nos lo pretende persuadir en esta forma , lo primero , como en la Filosofia no se busca el sumo bien del arbol , no de las bestias , no de Dios , sino del hombre , le parece que se debe buscar qué cosa sea el mismo hombre , y dice , que en la na-

naturaleza del hombre hay dos cosas, cuerpo y alma, y que de estas dos no duda que el alma es del todo mejor, y mucho mas excelente: con todo, es de sentir que se debe indagar si el alma solo sea hombre, de forma que el cuerpo le sirva como el caballo al caballero, porque el caballero no es hombre y caballo <sup>13</sup>, sino solamente hombre: sin embargo, por eso se dice caballero, porque en cierto modo tiene alguna relacion con el caballo: ó si el cuerpo sea solo hombre, que dice de alguna manera respecto al alma, así como el bebedero, ó vaso donde se bebe, á la bebida, porque la taza y la bebida que contiene la taza, no se dice juntamente póculo ó bebedero <sup>14</sup>, sino sola la taza por quanto es acomodada para tener la bebida: ó si en el alma sola, ni solamente el cuerpo, sino que juntamente lo uno y lo otro sea el hombre, cuya parte sea el alma ó el cuerpo, y que todo él conste de ambas entidades para

que sea hombre: como á dos caballos uncidos llamamos bigas, ó yunta de dos caballos, de los quales al uno, ya esté á la diestra ó á la siniestra, es parte de la yunta ó yugada, y al uno de ellos, como quiera que se haya, respecto del otro, no le llamamos yunta ó yugada, sino á ambos juntos. Y de estas tres cosas escoge esta tercera, y dice, que el hombre, ni es el alma sola, ni solo el cuerpo, sino juntamente el alma y el cuerpo: por lo qual añade, que el sumo bien del hombre con que viene á ser bienaventurado, consta de los bienes del uno y del otro, esto es, del alma y del cuerpo. Y así es de opinion que aquellos principios de la naturaleza se deben apetecer por sí mismos, y la misma virtud que la doctrina y educacion nos inxiere é introduce como arte de vivir, la qual entre los bienes del alma es un singular y apreciable bien. Por lo qual, la misma virtud <sup>15</sup>, esto es, el arte de vivir, luego que ha recibido

los principios de la naturaleza , que estaban sin ella , aunque eran tambien , aun quando les faltaba la doctrina , todas las cosas las apetece por amor de sí misma , y juntamente tambien á sí misma , y de todas juntas y de sí misma usa á fin de deleytarse con todas , y gozar de todas mas y menos <sup>16</sup> , según que cada cosa entre sí es mayor ó menor , pero gustando de todas , y despreciando algunas menores , quando la necesidad lo pide , por alcanzar y gozar de las mayores. Y la virtud de ningun modo se antepone á sí ninguno de todos los bienes , ya sean del alma ó del cuerpo <sup>17</sup> , porque esta usa bien , así de sí misma , como de todos los demas bienes que hacen al hombre bienaventurado , y donde ella no está , por muchos bienes que haya , no son bienes de aquel cuyos son , y por consiguiente ni se deben llamar bienes de aquel á quien por usar mal de ellos , no pueden ser de utilidad. Así que , la vida del hombre , que

participa de la virtud y de los otros bienes del alma y del cuerpo , sin los cuales no puede consistir la virtud , esta se dice bienaventurada. Y si goza tambien de otros , sin los cuales puede estar la virtud , ó pocos ó muchos , será mas bienaventurada ; y sí de todos , de forma que no le falte bien alguno ni del alma ni del cuerpo , será felicísima : porque no es la vida lo que es la virtud , en atencion á que no toda vida , sino la vida sabia , es virtud. Y con todo , qualquiera vida puede estar sin virtud alguna , pero la virtud no puede estar sin alguna vida. Esto mismo puede decir de la memoria y de la razon , y de otras cosas semejantes que haya en el hombre , porque estas cosas son tambien antes de la doctrina , y sin estas no puede haber doctrina alguna , y por consiguiente ni virtud , porque en efecto se aprende y adquiere. Pero el correr con ligereza , tener cuerpo hermoso , extraordinarias fuerzas , y otras

qualidades semejantes, son cosas que puede la virtud hallarse sin ellas, y ellas sin la virtud son bienes. Con todo, aun segun estos, la virtud tambien ama estas prendas por respeto á sí misma, y usa y goza de ellas como debe la virtud. Esta vida bienaventurada, dicen asimismo, ser la social ó política <sup>18</sup>, supuesto que estima los bienes de los amigos por los mismos bienes, como los suyos, y les desea á los amigos por sí mismos lo que á sí propia, ya vivan en casa, como la muger y los hijos, y todos los domésticos, ó en el lugar donde tiene su casa, como es la ciudad, y son los que se llaman vecinos y ciudadanos, ó en todo el orbe, como son las gentes y naciones, con quienes la agrega y junta la sociedad humana, ó en el mismo mundo que se entiende por el cielo y por la tierra, como dicen que son los Dioses, los quales quieren y sustentan, que son amigos del hombre sabio, á quienes nosotros mas

familiarmente llamamos ángeles, y sostienen, que de ningun modo debe dudarse de los fines de los bienes, y al contrario, tampoco de los males, y dicen que esta es la diferencia que hay entre ellos y los nuevos Académicos, y que nada les interesa que filosofe y racione cada uno en orden á estos fines que tienen por verdaderos, en trage Cynico, ó en otro qualquiera hábito ú opinion. Y entre los tres géneros de vida, ocioso, negocioso, y el compuesto de uno y otro, dicen, que les agrada el tercero, esto es, lo que sintieron y enseñaron los antiguos Académicos, segun lo afirma Varron, siguiendo á Antioco <sup>19</sup>, maestro de Ciceron y suyo, de quien intenta probar Ciceron, que en muchas doctrinas parece mas Estoyco que antiguo Académico: pero á nosotros que estamos mas obligados á juzgar exáctamente de las mismas materias, que á saber por grande arcano, qué es lo que cada uno sintió acerca de ellas, ¿qué nos interesa su discusion?

## CAPÍTULO IV.

*Qué sienten los Christianos del sumo bien y del sumo mal contra los Filósofos, que dixéron, que el sumo bien estaba en sí mismos.*

Si nos preguntaren pues, qué es lo que responde á cada cosa de estas la Ciudad de Dios, y primeramente qué es lo que siente de los fines últimos de los bienes y de los males, responderá, que la vida eterna es el sumo bien, y la muerte eterna el sumo mal, y que por eso, para conseguir la una, y libertarse de la otra, es necesario que vivamos bien, y así dice la Escritura (a): "que el justo vive, por la fe," porque ni en la tierra vemos nuestro bien, por cuyo motivo es indispensable que creyendo, le busquemos, ni lo que es vivir bien lo halla-

(a) S. Paul. ep. ad Galat. cap. 3. et Abacuc cap. 2.

mos en nosotros como produccion nuestra, sino es que creyendo y orando, nos ayude el que nos dió igualmente la misma fe, con que confiemos y creamos que él nos ha de favorecer: pero los que imaginaban que los fines de los bienes y de los males estaban en la vida presente, colocando el sumo bien ó en el cuerpo ó en el alma, y en uno y otro, y por decirlo mas claro, designándole ó en el deleyte ó en la virtud, ó en uno y otro, ó en la quietud ó en la virtud, ó en ambas, ó juntamente en el deleyte y quietud, ó en la virtud, ó en uno y otro; ó en los principios de la naturaleza, ó en la virtud, ó en uno y otro, pretendieron, y quisieron con extraña vanidad ser en la tierra bienaventurados. Búrlase de estos ilusos la misma verdad por el Real Profeta, diciendo (a): "sabe Dios, que los discursos y pensamientos de los hombres son va-

(a) Psalm. 93.

„ nos: ” ó como cita el Apóstol este testimonio (a): “ sabe Dios, que los discursos y raciocinios de los sábios son vanos y fútiles: ” porque ¿quién será bastante, por mas eloqüente que sea, á explicar y ponderar las miserias de esta vida, las quales lloró Ciceron<sup>20</sup> en la consolacion que escribió sobre la muerte de su hija, como pudo? ¿pero qué tanto es lo que pudo? pues los principios que llaman naturales, ¿quándo, dónde, y de qué manera pueden tener tan buena disposicion en esta vida, que no vacilen y padezcan vicisitudes baxo la inconstancia de los sucesos? porque ¿qué dolor contrario al deleyte, qué inquietud contraria á la quietud, no puede suceder en el cuerpo de un sábio? porque la falta, defeccion, ú opresion de los miembros, á lo menos estraga la integridad al hombre, la fealdad le aja la hermosura, la

(a) S. Paul. 1. ep. ad Corinth. cap. 3.

flaqueza le disipa la sanidad, el cansancio las fuerzas, las pesadumbres la agilidad. ¿Y qué infortunio de estos hay que no pueda hacer suerte en la carne del sábio? El estado del cuerpo, y tambien el movimiento, quanto mas decentes y congruentes son, se cuentan entre los principios de la naturaleza: pero que si alguna mala disposicion le hace temblar los miembros con extrañas convulsiones. Y que si el espinazo se le encorva, de forma que le obligue á poner las manos en el suelo, haciendo andar al hombre en quatro pies, ¿acaso no estragará todo el decoro y hermosura del estado y movimiento del cuerpo? ¿Qué dirémos de los bienes primogéneos, que llaman del alma, donde ponen dos principios, para comprehender y percibir la verdad, el sentido y el entendimiento? ¿pero quan frio é inútil quedará el sentido, si por no decir otras particularidades, se hace el hombre sordo y ciego? ¿Y dónde irá la

razon y la inteligencia , dónde la sepul-  
tarán si acaece que con alguna enfer-  
medad se vuelve demente el hombre?  
Quando los frenéticos hacen ó dicen desati-  
nos y disparates , por la mayor parte  
agenos de su buena intencion y loables  
costumbres , ó por mejor decir , contra-  
rios del todo á su buen propósito y cos-  
tumbres , ya las consideremos ó las vea-  
mos, si dignamente las reflexionamos , ape-  
nas podemos contener las lágrimas. ¿Pues  
qué diré de los espirituados y endemo-  
niados? ¿dónde tienen escondido , ó so-  
juzgado su entendimiento quando el es-  
píritu maligno usa á su albedrío de su al-  
ma y de su cuerpo? ¿y quién es el que  
piensa que este desastre no le puede su-  
ceder al sábio en esta vida? Pues que  
tal es, y que tanto lo que se puede per-  
cibir la verdad en esta carne mortal, que  
segun leemos en el libro de la sabiduría,  
que dice las mayores verdades: "el cuerpo  
,, corruptible y esta nuestra casa de tierra

,, agrava y comprime el alma cargada de  
,, la multitud de pensamientos y cuida-  
,, dos (a)." Pues el ímpetu , ó el apetito  
con que practicamos alguna accion , si  
es que así se dice bien lo que los Grie-  
gos llaman ormen <sup>21</sup> , por quanto ponen  
esto tambien entre los bienes <sup>22</sup> de los  
principios naturales , ¿acaso no es el mis-  
mo con que se hacen igualmente aquellos  
miserables movimientos de los dementes,  
y las acciones á que tenemos horror y  
aversion quando se pervierte el sentido y  
se trastorna la razon? pues la misma vir-  
tud que no se halla entre los principios  
naturales , mediante á que viene despues  
á introducirse en ellos con la doctrina,  
siendo la que se lleva la primacia entre  
los bienes humanos , ¿qué hace aquí si-  
no traer una perpetua guerra con los vi-  
cios , no con los exteriores , sino con los  
interiores , no con los agenos , sino real-

(a) Sap. cap. 9.

mente con los nuestros propios, y particularmente aquella que se llama en Griego sofrosine, que es la templanza con que se refrenan los apetitos carnales para no llevar al alma, consintiendo en ellos á despeñarse en los vicios? porque no dexa de haber algun vicio, quando, como dice el Apóstol (a), "la carne en sus deseos se encuentra, y obra contra el espíritu," á cuyo vicio se opone la virtud, quando, como insinúa el mismo Apóstol (b), "el espíritu en sus deseos se opone contra la carne," porque estas dos qualidades, dice, "se contradicen la una á la otra, para que no hagamos lo que deseamos (c)." ¿Y qué es lo que apetecemos executar quando intentamos ver el cumplimiento del fin del sumo bien, si-

(a) S. Paul. ep. ad Galat. cap. 5. *Caro concupiscit adversus spiritum.*

(b) Id. Ap. loc. cit.

(c) Id. Ap. loc. cit. *Hæc enim sibi invicem adversatur, ut non ea quæ vultis, faciatis.*

no que la carne no desee contra el espíritu, y que no haya en nosotros este vicio, contra el qual haya de desear el espíritu? lo qual aunque lo apetezcamos en esta vida, supuesto que no lo podemos hacer, á lo menos practiquemos esta loable acción con el favor de Dios, que no cedamos á la carne que desea contra el espíritu, pues rindiéndose el espíritu, vamos con nuestro consentimiento á cometer el pecado. Así que, de ningun modo nos persuadamos, que entretanto que tuvieremos esta lucha interior, hemos ya conseguido la bienaventuranza, á la qual deseamos, venciendo, llegar. ¿Y quién es tan sábio, que no tenga contra los apetitos algun contraste? ¿pues qué diremos de aquella virtud llamada prudencia? ¿Acaso con toda su vigilancia no se ocupa en diferenciar y discernir los bienes de los males, para que en amar los unos, y huir de los otros, no se introduzca algun error? y por lo mismo, ella misma



nos testifica, que nosotros estamos en los males, ó los males están en nosotros: porque ella nos enseña, que es malo consentir en el apetito carnal para pecar, y que es bueno no consentir en él para pecar. Sin embargo, aquel mal, en el qual nos instruye la prudencia que no pres-temos nuestro consentimiento, le hace la templanza, y ni la prudencia ni la templanza le quita y destierra de esta vida. ¿Pues que diré de la justicia <sup>23</sup>, cuyo oficio primario es dar á cada uno lo que es suyo? de donde resulta en el hombre un orden justo de la naturaleza, que el alma esté sujeta á Dios, y el cuerpo al alma, y consiguientemente el alma y el cuerpo á Dios. ¿Acaso no muestra que todavía está trabajando en aquella obra, mas no que está ya descansando en el fin de ella? porque tanto menos se sujeta el alma á Dios, quanto menos concibe á Dios en sus mismos pensamientos, y tanto menos se sujeta la carne al alma, quanto mas

desea contra el espíritu. Entretanto que residere en nosotros esta dolencia, este contagio, esta lesion, ¿cómo nos atreveremos á decir que estamos ya en salvo? y si no estamos aun en salvo, ¿cómo nos hallaremos bienaventurados con la final bienaventuranza? Pues aquella virtud, que se llama fortaleza, en qualquiera ciencia que se hallare, es evidentísimo testigo de los males y miserias humanas, que la hacen sufrir con paciencia. Cuyos males, no sé con qué valor pretenden los Filósofos Estoycos, que no son males, pues confiesan, que si fueran tan grandes <sup>24</sup>, que el sábio, ó no pueda, ó no deba tolerarlos, le impelen á darse la muerte y á salir de esta vida; y tan particular es la ceguedad y soberbia de estos hombres preocupados, que piensan que en la tierra tienen el fin del bien, y que de sí mismos se hacen bienaventurados, que el sábio de ellos, esto es, qual ellos le pintan con admirable vanidad,

aunque ciego <sup>25</sup>, ensordezca y enmudezca, y aunque le estropeen y laceren los miembros, y le atormenten con dolores, y caigan sobre él todos quantos males pueden decirse ó imaginarse semejantes, y tales trabajos, que le obliguen á darse la muerte, no tengan rubor de llamar bienaventurada á una vida como esta puesta entre tantos males, ó vida bienaventurada, que para que se acabe, busca el auxilio de la muerte. Si es bienaventurada, vívase en ella, y si por el temor de estas calamidades se huye de ella, ¿cómo es bienaventurada? ¿ó cómo no se tienen por males los que sobrepujan el bien ó virtud de la fortaleza? Y los que compelen á la misma fortaleza, no solo á cederles y rendirseles, sino á declinar y declinar, diciendo por una parte, que una misma vida es bienaventurada, y persuadiendo por otra, que se debe huir esta misma. ¿Quién hay tan ciego, que no advierta, que si fuera feliz, no debería huir-

se de ella? pero si por el contrapeso de su flaqueza <sup>26</sup>, que tanto la oprime, confiesan que se debe huir, ¿qué razon hay para que humillando la cerviz de su soberbia, no la confiesen tambien por miserable? Díganme ahora, ¿el otro Caton se mató con admirable constancia y paciencia, ó por mejor decir, con impaciencia? porque no se arrojara á esta accion si no llevara con impaciencia y desagrado la victoria del Cesar. ¿Qué es de la fortaleza? En efecto cedió, en efecto se rindió, en efecto fué tan vencida, que dexó, desamparó, y huyó de la vida bienaventurada. Y si dixeran, que no era ya bienaventurada, ¿luego era miserable? ¿Cómo pues, no eran males los que hacian á la vida tan miserable y digna de huir? Por lo qual los mismos que tambien confiesan que estos son males, como los Peripatéticos y los antiguos Académicos, cuya secta defiende Varron, aunque hablan mas tolerablemente: con

todo, es maravilloso asimismo su error, pues en estos males, aunque sean tan graves, que hayan de librarse de ellos con la muerte, dándose la á sí mismo el que los padece, pretenden con todo que está en ellos la vida bienaventurada. Males son, dice, los tormentos y dolores del cuerpo, y son tanto peores, quanto pudieron ser mayores, y para que te libres y carezcas de ellos, es necesario que huyas de esta vida. ¿De qué vida, pregunto? de esta (dice) que es afligida con tantos males. Luego á lo menos es bienaventurada en estos mismos males, por los quales dices que se debe huir, á no ser que sea bienaventurada, ¿por qué te puedes librar de estos males con la muerte? ¿Qué seria pues, si por algun oculto juicio de Dios te hiciesen detener en ellos, no te permitiesen morir, nunca te dexasen sin ellos, ni escapar con la muerte? Entónces á lo menos confesarías que era miserable la tal vida: luego no dexa

de ser miserable, porque presto se dexa, pues quando fuera sempiterna, tambien la juzgas y tienes por miserable. Así que, no porque es breve nos debe parecer que no es miseria, ó lo que es mas absurdo, porque es miseria breve, por eso tambien se puede llamar bienaventuranza. Grande es la fuerza de aquellos males que impelen al hombre, segun ellos, hasta al mas sábio, á quitarse á sí mismo aquella prenda con que es hombre, confesando ellos, y diciendo con verdad, que esto es lo primero en algun modo, y lo mas fuerte que nos clama la naturaleza<sup>27</sup>, que el hombre se ame á sí mismo, y por tanto huya naturalmente de la muerte: que sea tan amigo de sí propio, que el ser animal, y el vivir en esta conjuncion y compañía del alma y del cuerpo, lo ame y grandemente lo apetezca. Grande es la fuerza de los males que vencen este sentido, con que en todos modos, con todas nuestras fuerzas y conato huimos la

muerte, y de tal manera queda vencido, que la que ya huíamos, la deseamos y apetecemos, y quando no la pudieremos haber de otra conformidad, el mismo hombre se la da á sí mismo. Grande es el impulso é influencia de los males que hacen homicida á la fortaleza, pero si á esta hemos de llamarla fortaleza, que de tal manera se dexé vencer de los males, que la que habia tomado, como virtud, á su cargo al hombre para regirle y ampararle, no solo no pueda guardarle con la paciencia, sino que tambien sea forzada á matarle. Y aunque es verdad, que debe el sábio tolerar con paciencia tambien la muerte, mas esta es la que le viene por otra mano que la suya, y si, segun estos, el mismo es compelido á darse á sí propio, sin duda que han de confesar, que estos no solo son males, sino males tambien intolerables los que le compelen á esto. La vida, á quien fatiga el peso de tan grandes y tan gra-

ves males, ó estás sujeta á semejantes casos, por ningun motivo se diria bienaventurada, si los hombres que lo dicen, así como vencidos de los males que les acosan, quando se dan la muerte, ceden, y se rinden á la infelicidad, así vencidos con incontrastables razones, quando buscan la vida bienaventurada, quisiesen sujetarse y rendirse á la verdad, y no entendiesen que en esta mortalidad debian gozar del fin del sumo bien, donde las mismas virtudes (que son á lo menos aqui la cosa mejor y mas importante que puede haber en el hombre) quanto mas nos ayudan contra la fuerza de los peligros, trabajos y dolores, tanto mas fieles testigos son de las miserias. Porque si son verdaderas virtudes, que no pueden hallarse sino es en los que hay verdadera piedad y religion, no profesan ellas la facultad de poder hacer que no padezcan los hombres, en quienes ellas se hallan, ninguna miseria: mediante á que no son

mentirosas las verdaderas virtudes, para que profesen esta virtud, sino que procuran que la vida humana, la qual es indispensable, que con tantos y tan graves males como hay en el siglo, sea misera con la esperanza del futuro siglo, sea bienaventurada: así como tambien espera ser salva. Porque ¿cómo es bienaventurada la que no está aun salva? Y por lo mismo el Apóstol San Pablo no habla de los hombres impacientes, imprudentes, destemplados, malos é injustos, sino de los que viven segun la verdadera piedad y religion, y de los que por esta razon, las virtudes que tienen las poseen verdaderas, quando dice (a): "que nuestra salvacion ha sido

„ en expectativa, y la esperanza que se

„ ve no es esperanza, porque lo que uno

„ ve y lo posee, ¿cómo lo espera? Y si

(a) S. Paul. ep. ad Roman. cap. 8. *Spe salvi facti sumus, spes autem quæ videtur, non est spes, quod enim quis videt, quid sperat? si autem quod non videmus, speramus per patientiam spectamus.*

esperamos lo que no vemos, con la paciencia aguardamos el cumplimiento de „ nuestra salvacion." Luego así como nos salváron, ó hiciéron salvos, asegurándonos con la esperanza, así con la misma esperanza nos hiciéron bienaventurados; y así como no tenemos en la vida actual presente la salvacion, así tampoco la bienaventuranza, sino que la esperamos en la vida futura, y esto por medio de la virtud de la paciencia, porque aquí vivimos todos entre males y trabajos, los quales debemos sufrir con conformidad y resignacion, hasta que llegemos á la posesion de aquellos sumos bienes, donde todas las cosas serán de tal manera, que nos den contento é inefable deleyte, y no habrá ya mas que debemos sufrir. Esta salud que se disfrutará en el siglo futuro, será tambien la final bienaventuranza, cuya bienaventuranza, así como estos Filósofos, porque no la ven ni perciben, no la quieren creer, procuran fa-